



Puente Democrático

Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Argentina

14 de noviembre de 2014

La negación de la Shoá

Los autores que niegan la Shoá con el fin de sustentar una posición política –ya sea desde el racismo, ya desde el antisionismo-, hacen malabares argumentativos para encubrir un exterminio planificado. Se burlan de los testimonios de los sobrevivientes, manipulan la documentación disponible y echan un manto de silencio sobre la política de persecución a los judíos en Alemania entre 1933 y 1939, como si el hostigamiento y discriminación a una minoría fuese una política legítima de cualquier Estado.

Por Ricardo López Göttig



Esta publicación forma parte del proyecto “Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Sur América” de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF) que CADAL implementa en Argentina. El objetivo del proyecto es permitir a un grupo específico de actores de la sociedad civil preocupadas por la tolerancia religiosa llevar a cabo una mejor lucha contra el antisemitismo, proporcionando así un entorno más favorable a las libertades fundamentales y el respeto de los derechos humanos.

Al poco tiempo del fin de la segunda guerra mundial, comenzaron a surgir algunos autores que pusieron en duda que el nazismo hubiera implementado políticas de exterminio sistemático a los judíos en Europa con fusilamientos y campos de aniquilación. Así fue naciendo lo que se denominó a sí mismo como “revisiónismo”, un eufemismo bajo el que se cobijaron autores que niegan la Shoá. Bajo este paraguas, encontramos dos grandes corrientes ideológicas; por un lado, aquellos que simpatizan más o menos abiertamente con el nazismo; por el otro, hay autores de izquierda, que a través de la impugnación de la Shoá buscan demoler lo que consideran que es uno de los pilares de la creación del Estado de Israel. Esta segunda corriente, mucho más influyente intelectualmente, cobró gran fuerza a partir de la guerra de los seis días, de 1967, cuando los israelíes ocuparon las alturas del Golán, la península del Sinaí, Cisjordania y Jerusalem Este (hasta ese año, administradas por Jordania), y Gaza (que desde 1948 hasta 1967 fue administrada por Egipto). Por estos extraños itinerarios de dos vertientes autoritarias, nazis y trotskistas –o bien comunistas pro soviéticos– se encontraron en el cuestionamiento de uno de los hechos más aberrantes de la historia europea reciente.

No es el único genocidio que pretende ser borrado e ignorado: los perpetradores de estos crímenes masivos siempre han contado con la ayuda de cómplices, simpatizantes ideológicos e intelectuales que colaboran en la empresa de la negación, manipulando cifras y datos, relativizando hechos y elaborando justificaciones para culpabilizar a las víctimas. Otros genocidios como el de los armenios a principios del siglo XX a manos de los turcos, el de los kulak y los ucranianos (el Holodomor) en la era de Stalin, las decenas de millones de chinos que murieron en el “Gran Salto Adelante” con Mao Zedong, los muertos en los campos de Camboya, en la ex Yugoslavia o bajo machetes en Ruanda, son algunos ejemplos de cómo se intentaron acallar estas matanzas en la misma centuria, antes y después de la Shoá.

Un recurso frecuente de los negacionistas, es cuestionar que los seis millones de judíos murieron en las cámaras de gas en los campos de exterminio. Esta argucia, engañosa y malintencionada, apela al desconocimiento general sobre cómo se llevó adelante el genocidio, ya que en ningún momento se ha afirmado que todos los judíos fueron asesinados de ese modo. Esos millones de muertos comprenden a los fusilados por los Einsatzgruppen que ejecutaban sistemáticamente a los judíos que encontraban en la Unión Soviética, los fallecidos en las condiciones infrahumanas en las que estaban hacinados en los ghettos –se los utilizó como mano de obra esclava–, los que murieron en los trenes de carga, y los que fueron exterminados en las cámaras de gas o bien por inanición y enfermedades en los campos

de exterminio. Los negacionistas, asimismo, se toman de los diferentes números de muertos, desaparecidos y desplazados que manejan los historiadores, para cuestionar la Shoá. Pero si realmente la Shoá fuese el resultado de un complot internacional para engañar a la opinión pública, no habría discrepancias en los números. Los historiadores profesionales, académicos, debaten en torno a dos grandes posturas en torno sobre la Shoá: los “intencionalistas” que sostienen que la idea de exterminio de los judíos ya la tenía Hitler desde 1919; y los “estructuralistas”, que arguyen que los nazis fueron tomando diferentes medidas antijudías ad hoc. Pero la naturaleza criminal del nazismo no es discutida ante las evidencias recogidas durante decenios. Hitler, a diferencia de Stalin o Mussolini, no tenía interés por la administración cotidiana del país, por lo que la gran mayoría de sus órdenes era verbal en circunstancias informales. La política genocida se escondió tras eufemismos en el transcurso de la guerra mundial.

La negación de la Shoá de los neonazis

El ciudadano estadounidense de orígenes germanos que comenzó la relativización de los crímenes cometidos por los nazis y luego formuló los principales puntos del negacionismo de la Shoá, fue Austin App. Antes y durante la guerra mundial, App fue un defensor de la Alemania nazi, favorecido por el hecho de que siendo Estados Unidos una democracia liberal, pudo expresar sus opiniones favorables al régimen de Adolf Hitler sin censura. Puso esmero en presentar a Alemania como una víctima de “talmudistas y bolcheviques”, repitiendo el viejo prejuicio de que los gobiernos de Estados Unidos y la URSS eran títeres manipulados en las sombras por el judaísmo. Al terminar la conflagración planetaria, App buscó relativizar las atrocidades cometidas por el Eje, en tanto que manipuló los datos de los refugiados judíos que se ampararon en las áreas bajo administración estadounidense en Alemania y Austria. En cartas publicadas en revistas influyentes, sostuvo que los judíos que murieron en la guerra fueron espías y partisanos, a los que sumaba aquellos que fallecieron por “causas naturales” o a manos de los soviéticos. Dos decenios más tarde, Austin App publicó el libro “El engaño de los seis millones”, en que el plasmó ocho afirmaciones en las que planteó la negación del genocidio, que fueron adoptados por el llamado “Instituto de Revisiónismo Histórico”. Allí aseveró que los muertos eran conspiradores y espías, que no hubo cámaras de gas en los campos de concentración, que si hubo masacres fue en los territorios bajo soberanía soviética y que se trata de un complot urdido por “talmudistas y bolcheviques” con el apoyo de los medios de comunicación –bajo control judío– para extraer dinero de Alemania a través de indemnizaciones. Recicló, entonces, viejos prejuicios

antijudíos como la supuesta propensión al engaño y la seducción por el dinero, con lo que su narrativa resultaba familiar a los oídos de quienes quisieran creer en sus afirmaciones. Arthur Butz, en cambio, le proporcionó una atmósfera de mayor sofisticación al negacionismo, con un estilo de apariencia académica, aunque sus textos fueron promocionados por agrupaciones neonazis y racistas como el Ku Klux Klan. Pero, por debajo de esta superficie, Butz culpó al “sionismo internacional” de haber elaborado el “mito del Holocausto”. Sostuvo que los informes hallados de los Einsatzgruppen en la URSS –tropas dedicadas a fusilar sistemáticamente a la población judía que encontraban en el territorio soviético que comenzaron a conquistar a mediados de 1941- fueron falsificados por los países vencedores de la guerra, en un tiempo record de pocos meses.

Los argumentos de App y Butz fueron tomados por el Instituto del Revisionismo Histórico, creado en Estados Unidos en 1978, que comenzó a publicar el Journal of Historical Review. La estrategia de esta entidad fue la de aparentar respetabilidad académica y científica, ya que aseveran que no buscan rehabilitar un régimen político –el nacionalsocialismo-, sino “rehabilitar la verdad”. A la teoría conspirativa del judaísmo que manipula los medios, las finanzas y los gobiernos, le agregaron a los historiadores. Demostrar la “mentira del Holocausto” significaba para este instituto salvar a las familias estadounidenses que, a través de sus impuestos, mantienen al Estado de Israel, al que consideran “ilegal” y “bastardo”. En la Journal of Historical Review ha publicado Robert Faurisson, un profesor de literatura de la Universidad de Lyon, un activo negador de la existencia de las cámaras de gas y que colaboró con Zündel e Irving ante los tribunales.

Uno de los fundadores del Instituto fue Willis Carto, antisemita y partidario de la supremacía aria, activo seguidor del neonazi Francis Yockey. A pesar de que este instituto buscó tener una apariencia respetable, se pudo demostrar que estaba estrechamente conectada con varias publicaciones y editoriales racistas, con las que compartía oficinas y empleados.

En este extraño mundo se encontraba Ernst Zündel, alemán residente en Canadá, que no sólo propagó y publicó libros que negaban la Shoá, sino también aseveró que los ovnis son naves creadas y tripuladas por los nazis, con bases bajo la superficie de la Antártida. Este personaje cobró notoriedad cuando fue procesado por el gobierno canadiense en 1984 y 1988 por difundir textos racistas y negacionistas. En el primer juicio, tuvo el apoyo de Robert Faurisson; en el segundo, se sumaron David Irving y el técnico en ejecuciones con silla eléctrica, el “ingeniero” Fred Leuchter. A propuesta de Faurisson, Leuchter viajó a Polonia para inspeccionar y reunir pruebas en los campos de Auschwitz-Birkenau

y Majdanek, a fin de demostrar que no habían existido las cámaras de gas. No sólo Leuchter tomó pruebas sin permiso, sino que además durante su testimonio ante el tribunal quedó en evidencia que no era ingeniero, no tenía los conocimientos científicos mínimos sobre química y toxicología para hacer obtener conclusiones válidas, ni tampoco fue adecuada su metodología para recoger los restos de las paredes. El testimonio de Leuchter se fue deshilachando con su ignorancia sobre el uso del gas Zyklon B, su efecto en los humanos y ratas, y sobre las condiciones que estaban históricamente documentadas sobre las cámaras.

Negando la Shoá desde la izquierda

Fue Paul Rassinier, un antiguo miembro de la resistencia, quien dio comienzo al negacionismo de izquierda, mezclando su crítica al capitalismo, el colonialismo y el sionismo con la negación de la existencia de las cámaras de gas en los campos de exterminio.

Entre los más notorios negacionistas de la Shoá debemos mencionar a Robert Faurisson, un ex profesor de literatura de la Universidad de Lyon que ha recibido el apoyo del lingüista Noam Chomsky, quien prologó uno de sus libros. Faurisson ganó el respaldo del grupo de izquierda radical francés reunido en torno a la editorial La Vieille Taupe, de Pierre Guillaume, y de otro negacionista de orígenes anarquistas y marxistas, Serge Thion. Para Thion, los sionistas inventaron la historia del genocidio para poder justificar la creación del Estado de Israel, al que caracteriza como racista y expansionista, asimilándolo al nazismo. En su vocación por dinamitar al Estado de Israel, estas corrientes de izquierda radical –anarquistas y marxistas-leninistas, sobre todo en las versiones trotskistas y maoístas- se aproximaron o fusionaron con el negacionismo del neonazismo, aunque sin tomar el discurso de la supremacía aria. De este modo, se caracterizan como “anti-sionistas”, pero no como “antijudíos”.

Los traspasos desde la izquierda revolucionaria al neonazismo han sido frecuentes en Europa. Horst Mahler, uno de los fundadores de la entidad terrorista Baader Meinhof o Fracción del Ejército Rojo (Rote Armee Fraktion) en los años setenta, que cometió atentados en la República Federal Alemana, a partir de los años noventa se transformó en uno de los líderes del neonazismo xenófobo en la Alemania reunificada. Ulrike Meinhof, otra de las líderes de esta fracción terrorista, justificó la persecución a los judíos durante el período de entreguerras en términos de lucha de clases, catalogando a toda la comunidad judía alemana de capitalista y, por consiguiente, merecedores del exterminio.

Este negacionismo de izquierda se manifiesta también en el campo de la cultura: el comediante Dieudonné M’bala M’bala, que originalmente se había involucrado

en causas y campañas electorales contra el racismo, y luego se aproximó al negacionista Robert Faurisson y al Frente Nacional del xenófobo Jean-Marie Le Pen.

David Irving, desenmascarado

En 1993, la editorial Penguin Books publicó el libro *Denying the Holocaust*, de la historiadora estadounidense Deborah Lipstadt, un texto en el que analizó desde una perspectiva académica a los autores que negaban la Shoá. Entre los mencionados se encontraba David Irving, un autor sin formación académica que escribió una treintena de libros sobre la segunda guerra mundial. Irving solicitó a Penguin Books que ese libro se retirara de circulación, petición que la editorial rechazó. En septiembre de 1996, David Irving presentó una demanda ante los tribunales londinenses por “difamación”. Irving sabía que Deborah Lipstadt no era partidaria de llevar a los negacionistas ante los tribunales, porque así lo escribió claramente en las conclusiones del libro mencionado, para no convertirlos en “mártires”. No obstante, en este caso Lipstadt debía defenderse y recurrió, entonces, al conocido abogado Anthony Julius, quien definió la estrategia: a) un grupo de expertos debía demostrar que los nazis desplegaron una política deliberada y sistemática de aniquilamiento de los judíos –planificada y en consecuencia conocida por Adolf Hitler-, y que una de las formas utilizadas fueron las cámaras de gas en campos de exterminio; b) demostrar que Irving estaba vinculado con grupos neonazis y c) que David Irving tergiversaba la documentación que presentaba en sus libros, que ocultaba lo que ponía en evidencia el protagonismo de Hitler en las decisiones de la política de exterminio y que deliberadamente falsificaba la historia para diluir toda responsabilidad del nazismo en la Shoá. Irving fue muy ingenioso –y engañoso- en forjarse una imagen de “víctima” de una persecución, y en muchos periodistas y gran parte de la opinión pública pensaron que era él quien se defendía ante el acoso del complot judío. En los años noventa, Irving comenzó su “Campaña internacional por la historia verdadera”, habiendo visitado Buenos Aires en octubre de 1991, cuando dio una conferencia en la confitería El Molino. Allí, afirmó que el Holocausto “del que se habla ahora en los diarios y la televisión, y en las películas de Hollywood, es una invención de la propaganda inglesa mundial. Que no había cámaras de gas en Auschwitz, ni en Dachau, ni en Buchenwald, ni en Bergenfeld, ni en ningún campo de concentración”. Se jactaba –tal como puede verse en el video citado- de no leer los libros de otros autores, y en que sólo se basaba en la documentación. Este hecho pone en evidencia su carácter de aficionado, ya que lo primero que debe hacer un historiador es conocer el estado de la cuestión, leyendo las obras y artículos de los colegas, porque no es humanamente

posible leer todas las fuentes primarias existentes, y se evitan situaciones irrisorias en las que se pretende descubrir la rueda. Un historiador, a lo largo de su trabajo, utiliza fuentes primarias y secundarias, y las cita metódicamente para que los colegas también puedan revisarlas. Richard Evans hizo la tarea de revisar los documentos citados en la bibliografía de David Irving, y fue hallando las distorsiones y omisiones que hizo el autor para que siempre Hitler quedara como inocente, bienintencionado o no informado de los crímenes que se habían cometido. Así, por ejemplo, Irving alteró en la traducción de los relatos sobre las órdenes que impartió Hitler durante el putsch de Munich de 1923 y la noche de los cristales (Kristallnacht) en 1938, a fin de suavizar la imagen del líder nazi. Irving recurrió en forma acrítica a los informes y testimonios de miembros del partido nacionalsocialista, sin cuestionarlos ni contrastarlos con otras fuentes disponibles. ¿Qué podía hallar, sino justificaciones, ocultamiento y evasión de toda responsabilidad sobre la persecución y política de exterminio?

Para dar una visión positiva de Hitler, Irving recurría a los testimonios de quienes fueron sus más estrechos colaboradores, ya como jefes del partido o bien sus empleados más próximos en la vida cotidiana, que brindaron una imagen naïve.

En sus libros, Irving afirmaba que Hitler era un patriota que quería reunificar a los alemanes y expandir al país hacia el Este, buscando un “espacio vital”, lo que en el tono del autor daba la idea de que esa geografía estaba vacía y disponible para la expansión germana. Irving deliberadamente callaba que la invasión del Este europeo en nombre del “espacio vital” significó la deportación de cientos de miles de polacos, la germanización compulsiva de los checos en el llamado “Protectorado de Bohemia y Moravia” y la eliminación física de millones de personas en la entonces Unión Soviética para reinstalar allí inmigrantes de origen alemán. Pero como este autor negacionista se propuso observar el desarrollo de la segunda guerra mundial desde los ojos de Adolf Hitler, omitió los crímenes cometidos y desvió responsabilidades en los subordinados.

En la investigación sistemática de los libros, artículos, conferencias y reportajes de David Irving, se fueron encontrando sus argucias para favorecer a Adolf Hitler en todo momento, ya sea antes de la guerra mundial, como en el transcurso de esta.

Evans demostró cómo Irving modificó, en sus libros, las memorias de Goebbels o el testimonio del almirante Horthy para dejar bien parado a Hitler, incurriendo en alteraciones, agregados o comentarios extemporáneos. En las traducciones, Irving eliminaba los párrafos que no convenían a su postura, intercalaba partes de distintos documentos o incluso inventó frases. Esto

pudo demostrarse durante el juicio gracias al trabajo del equipo de historiadores liderado por Richard Evans, que contrastó los documentos alemanes con los libros de Irving. El arquitecto holandés Robert van Pelt demostró cómo los campos de exterminio se habían diseñado y construido para los crímenes en masa. También quedó demostrada la vinculación de Irving con grupos de ultraderecha.

En su extenso sumario de más de trescientas páginas, el juez Charles Gray señaló que Irving falsificó y distorsionó la documentación histórica, y que era “incontrovertible” que se trataba de un autor que negaba la Shoá. La sentencia fue favorable a los demandados: Deborah Lipstadt y Penguin Books. Irving, pues, quedó desenmascarado por sus posiciones antisemitas y favorables al nazismo, quedando por completo desacreditado como autor popular sobre la segunda guerra mundial, y en la quiebra económica por no poder afrontar el pago de los costos de la defensa.

Conclusiones

Los autores que niegan la Shoá con el fin de sustentar una posición política –ya sea desde el racismo, ya desde el antisionismo–, hacen malabares argumentativos para encubrir un exterminio planificado. Se burlan de los testimonios de los sobrevivientes, manipulan la documentación disponible y echan un manto de silencio sobre la política de persecución a los judíos en Alemania entre 1933 y 1939, como si el hostigamiento y discriminación a una minoría fuese una política legítima de cualquier Estado.

Si la Shoá hubiese sido inventada por un complot internacional, como aseguran los negacionistas, es demasiada la cantidad de gente involucrada en tamaña conspiración. En tal caso, alguno de los involucrados hubiera hablado y revelado la gigantesca mentira que se estaba fabricando. Los sobrevivientes, las montañas de documentación que están disponibles, la existencia misma de los campos de exterminio, son pruebas elocuentes de la política de exterminio sistemático que implementaron los nazis con el objetivo de borrar de la faz del planeta a los judíos.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Richard J. Evans, *Lying about Hitler: History, Holocaust, and the David Irving Trial*. New York, Basic Books, 2001.
Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust*. London, Penguin, 1993.

Robert Wistrich, *From Ambivalence to Betrayal: The Left, the Jews, and Israel*. Lincoln, University of Nebraska Press, 2012.

Ian Kershaw, *La dictadura nazi*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Conferencia de David Irving en la Confitería El Molino, 19 de octubre de 1991: <http://www.youtube.com/watch?v=vgwQgBhFO0s>